

TESTIMONIO

Ignacio CARRILLO PRIETO

En 1973, a mi regreso de la Universidad en Lovaina me presenté ante el maestro Héctor Fix-Zamudio, amparado por los documentos del posgrado. Sin ellos no había entonces ninguna oportunidad de ser admitido en el cuerpo de investigadores del Instituto. Lo encontré en su minúscula oficina de la antigua dirección de Jurídicas, en la clásica Torre de Humanidades. Las dimensiones conventuales de ese despacho no eran opresivas, porque Don Héctor las hacía desaparecer con su siempre bondadosa disposición. Atestado de libros, aquel cubículo del Director, representó, desde un principio, la democrática comunidad intelectual que Don Héctor había logrado hacer florecer pacientemente y en medio de múltiples dificultades, presupuestales, como siempre, las primeras.

Ya para entonces el Instituto no cabía en aquel piso caluroso de la Torre y los recién llegados pronto fuimos enviados al Reposo de Atletas (!) en las inmediaciones del Estadio Olímpico. Se trataba de un penoso destierro a un inhóspito lugar, de enormes proporciones y totalmente inadecuado para el trabajo de investigación, incomunicado, frío y lejano. Pronto el maestro Fix-Zamudio tuvo misericordia para los "atletas en reposo" y nos encontró sitio, como pudo, en la sede oficial, lo que obligaba a colmar los pocos cubículos con que entonces contábamos. En cada uno de ellos trabajamos hasta tres investigadores de tiempo completo, procurando no hacernos demasiado estorbosos para los demás. De nuevo era el ejemplo del maestro Fix-Zamudio el mejor argumento para tolerar toda suerte de incomodidades. Si él dirigía, escribía y recibía en una especie de celda benedictina, ¿de qué podíamos quejarnos los demás? Además, todo era llevadero con tal de estar presentes y actuantes en aquel piso de la Torre de Humanidades, con la Biblioteca Felipe Sánchez Román a la mano y con los colegas al alcance, para bien y para mal.

Trabajamos con ahínco, entusiasmo y no sin alguna ingenuidad. Cuca González nos perseguía con las reseñas de revistas, Eugenio Hurtado con los originales para la imprenta y Raúl Carranza con las boletas de préstamo de la Biblioteca. Rolando Tamayo se empeñaba en seminarios y otras disquisiciones, David Pantoja, Manuel Barquín y Ricardo Méndez Silva ya prefiguraban un destacado sitio en la vida universitaria. Comenzábamos a vivir la crisis laboral de la Universidad, encabezada entonces por el Doctor Soberon y a cuyas órdenes laboraba infatigable Jorge Carpizo, investigador del Instituto, empeñado en hacer de la Abogacía General el centro de la estrategia jurídica de la UNAM. Jorge representaba el triunfo del Instituto y siempre brindó todo su

apoyo a Don Héctor y a los investigadores. Su benéfica influencia se dejó sentir siempre y logró que algunos investigadores nos comprometieramos, con enorme interés, en las tareas del Abogado General, ante los problemas que se avecinaban. Diego Valadés, Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM era otro galardón de Jurídicas; paradigma del hombre culto, del intelectual pulcro y brillante, del perspicaz político, del amigo cabal y generoso. Ya lejos del Instituto, llamado desde entonces a importantes asuntos gubernamentales, José Francisco Ruiz Massieu completaba ese tercero del talento que Fix-Zamudio había cuidado diera, como ocurrió, frutos óptimos. Sin Héctor Fix-Zamudio, maestro en el ejemplo cotidiano de vida intelectual auténtica y de hombría de bien el Instituto no conocería hoy los esplendidos días de su frondoso desarrollo. Pero también hay que decir que, desde aquellos lejanos días, Carpizo, Valadés y Ruiz Massieu mostraron que Jurídicas no era ninguna torre de marfil sino un mirador privilegiado para atisbar, académica y rigurosamente problemas que reclamaban y exigen acción decidida. El Instituto ha mostrado, con creces que las indagaciones intelectuales han de asentarse en la vida de todos los días. Aquellos de la década de los setenta, son todavía la escuela mejor con que la fortuna me hiciera un regalo que aún guardo con cariño.